

un día de los años del cuarenta y tantos. La llovizna bajaba puntualmente como todas las tardes. Venía del Alto de San Juan y daba un aire de frío misterio a la cercana selva que apenas comenzaba a ser vencida por el hombre.

—“Rafael, vaya orinar pa' costase...”

Según cuenta Salguero que le decían a Rafelillo a la hora de recogerse allá en La Guaria y sus alrededores, que era todo el mundo del pequeño campesino.

La finca estaba casi en la

# Rafelillo y Salguero en el rincón de sus tatas

montaña teniendo de vecinos a los Montes y Juan Abarca.

Rafelillo había vivido un año antes en San Antonio de Desamparados, donde nunca había visto neblina sobre los cafetales y las carreteras.

—“¡Rafael! ¡venga a su rincón o lo traigo de un fajazo!”.

Ese famoso “rincón” eran unas tablas mullidas, una estera y la pared de rendijas anchas, pero Rafelillo sabía que en ese

rincón de sus tatas estaba muy seguro del congo que estaba en su casa de ramas, metiendo miedo.

El muchacho hacía recuerdos de cuando vivía con su tía Chola allá en San Antonio. “Tan ricos los gallos de frijoles negros que me daba cuando iba de la escuela pa'l Salitral. Me los daba de frijoles sin manteca, recién sacaos de la olla, pero calienticos y frescos”.

A veces, en la mañana, bien tempranito, debía salir con la yegua Zumba, que con sus patas saltaba en una especie de danza para ganar con gran rapidez los escalones de la pendiente, hasta llegar al Bajo de Guabo.

Otras veces iba al plantel de la carretera interamericana y entraba hasta las casas de los norteamericanos a vender sus productos. Sin apearse de la

yegua iba de casa en casa, llamando a la tica: “Upeee...” Daba a diez los rollitos de rábanos y los pepinos a quince. Rafelillo debía ir a traer Rafelillo debía ir a traer siempre a la Muca. “Vaya arrela ligero, porque orita llega Jérico y le gusta beber café con leche”.

Con los pies descalzos, que sentían la helazón del zacate, y sus manos que buscaban mecánicamente las bolsas de sus pantaloncillos, la figurilla cogía potrero adentro.

Todo esto, es Salguero el que lo cuenta, porque según parece vivía por ahí cerca y conocía a Rafelillo como si fuera él mismo. Pero bueno... como el compadre tiene tanta y tan buena imaginación en la de menos es producto de ella.

—“Qué va..., Quincho, Quileo, Nando, Jérico, Lucas Mena y todos los de por allá lo requeteconocen desde hace tiempos”.

“Los domingos se iban a montar y a pescar. Se traían un poco de pólvora pa'tirar en el río, porque vieran como hay peje...”

A Rafelillo le encantaba leer periódicos y sobre todo lo de la política, porque desde muy chiquito había andado metido en manifestaciones. Por cierto que una vez se suscribió su papá a uno después de que lo había convencido Rafelillo y lo pusieron a su nombre. Eso sí, tenía que irlo a recoger al correo de San Isidro aonde estuvo llegando varios días y nada. “Por fin llegó el día. En el correo le dieron el gran paquete.” Rafelillo no se cambiaba por nada del mundo cuando, en letras rojas y como de imprenta, leyó sobre el cabezote de primera página su nombre; Rafael Zúñiga Díaz”.

Sí, era sin duda su nombre y ese día Zumba hasta que “zumbaba” cuesta arriba de los chillazos que le daba Rafelillo para llegar a su casa.

Sin embargo todos los días era lo mismo. A las cinco de la mañana, todavía con el frío sobre las cobijas, se oía el chirrear del fuego, y poco después roneaba la cafetera al anunciar que el agua estaba a punto para el café.

—“Arriba, Rafaelito; vay'a lá vese... pa que beba...”

Lavase la cara tan temprano! Lo helada que está esa bandida...

—Ya voy; voa rezar...”

Algunas veces, después de hacer todas las cosas que sus padres le mandaban, se iba de cacería al Barú con Quileo y Chilo que lo llevaban para que se fuera haciendo hombrecito. De esas aventuras nos cuenta Rafelillo, eh, perdón, Salguero que: “En el Barú el clima es caliente. Muy cerca queda la mar. Bajo los árboles, sin embargo, había un sabroso frescor; arbustos, bejuco y ramas secas, entrelazadas, ponían obstáculos a la marcha. Chilo Cordero, adelante, abría camino machete en mano; los perros detrás, en fila india, como que esperaban la orden de meterse a la selva en busca de las presas”.

Después eran las congojas para andar en carrera detrás de los perros, cuando estos olían algo. Había que sabélas pa'andar en el monte y el pobre Rafelillo tan carajillo. Pero bueno quien lo tenía de sácalas en decir que quería ir a montar.

Rafelillo se sentía contento en la nueva finca. Pasó el tiempo. Y claro “Rafelillo no se aburría. Para él todo resultaba nuevo, sorprendente. La vida primitiva de lucha con la selva y el barro le llenaba todo su ser y lo elevaban como si estuviera haciendo la gran conquista de aquel territorio”.

Lástima que Salguero no volvió a contarnos más cosas del muchacho. Nadie volvió a saber nada del chiquillo. Bueno ahora debe ser tamaño mamulón, pero según cuentan le ha ido muy bien y como que trabaja en un periódico.

Por cierto que una de sus mayores ilusiones era que sus papás compraran una finquita. “Es que él toda la vida vivió en lo ajeno y el sueño al venise p'acá era tener un terrenito propio pa sembrar”, y según nos cuentan, los viejitos ya tienen su terrenito adorado. Parece que Rafelillo, como buen hijo, les ayudó pa que lo compraran y allá están.

El mandingas de Rafelillo debe andar por ay en algún lugar de la capital, pero de seguro nunca olvidará el rincón de sus tatas.